

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Las mujeres populares, entre dolores y esperanzas

Teresa Valdés Echenique

Socióloga, Coordinadora del Área de Estudios de Género

Y Subdirectora Académica de FLACSO-Chile

En la vida de la mujer pobladora hay partes buenas y partes de sufrimiento. Porque una, de pensar que hay tantas cosas que una desea tenerlas y no puede. Porque ahora mismo, qué no desearía por tener una casita con alcantarillado y todas esas cosas. Y una, aunque trata de obtener eso, no puede... Y a veces sufro por no tener para vestir a los niños y con el sueldo de mi marido no alcanza. Yo no es tanto lo que gano, pero ya le ayudo a él en algo siquiera. Uno se acostumbra a como vive y además, una piensa y dice: ¿qué saco con calentarme la cabeza si no voy a poder hacer lo que deseo? Entonces una se acostumbra a eso, a echarse los problemas a la espalda, como se dice...

Tener lo suficiente como para vivir. Uno no pide tanto, pero quiere tener lo suficiente como para darse vuelta, vivir sin problemas... (Ángela, 23 años, 1983).

Me conformaría con que fuera hombre, porque las mujeres tienen que sufrir tanto (Mónica, 23 años, 1983).

Una como mujer nunca, nunca puede decir: me voy a mandar sola. Cuando está con los papás, la mandan los papás. Está casada, la manda el marido... Después, si está viuda, los hijos. La mujer nunca es libre realmente como quisiera. A veces se casan para ser libres. Todo lo contrario (Ema, 44 años, 1983).

Al mirar la vida de las mujeres pobres sobresale la mezcla de dolor y fortaleza en un contexto difícil, cargado de mandatos y frustraciones. Salen, entonces, a la luz del sol los variados mecanismos que la sociedad ha sido capaz de crear para asegurar un orden que discrimina, subordina, jerarquiza, excluye, oprime e incluso explota ciertas categorías de seres humanos, entre ellas a las mujeres. Una sociedad con grandes diferencias de clases y una cultura compleja, portadora de sentidos y organizadora de las prácticas cotidianas de las mujeres, de la que nos nutrimos, a la que apelamos para comunicarnos, y que al mismo tiempo reproducimos con todas sus opresiones y limitaciones. Sus huellas se condensan -aunque de manera heterogénea- en cientos de miles de mujeres, de todas las generaciones y sectores sociales.

En las mujeres pobres se entremezclan la condición de ser mujer y de ser pobre, es decir, comparten con el conjunto de las mujeres una serie de situaciones y problemas, y con los pobres, otros. Ello da connotaciones especiales a su ser/hacer mujeres.

En nuestra cultura chilena y latinoamericana, la maternidad ha sido por siglos el eje articulador del "ser mujer", si bien los procesos económicos, políticos y sociales han ido abriendo un abanico cada vez mayor de modalidades de encarnar lo femenino. No obstante, a nivel popular se ha mantenido el predominio de la "mujer-madre" como identidad, como condición y práctica

central, seguida de la "mujer-esposa", también con variaciones a partir de los procesos sociales en curso, particularmente, la modernización.

En términos generales, el proceso modernizador vivido por el país en las últimas décadas ha tenido gran impacto en la vida de las mujeres, con un incremento continuado de su participación en el mercado de trabajo, el aumento de sus niveles de escolaridad y el descenso de las tasas de fecundidad. Al tiempo que ha modificado la posición que tradicionalmente ocuparon en la sociedad chilena, ha generado condiciones para un cuestionamiento de la división sexual del trabajo que asigna a los varones el trabajo relacionado con la producción y la política, y a las mujeres, las tareas reproductivas en el seno de la familia.

Se han generado nuevas identidades femeninas, individuales y colectivas, que, sin invalidar la centralidad de la maternidad en la vida de la mayoría de las mujeres, agregan nuevos elementos y expectativas.

Por otra parte, las crisis económicas y políticas vividas en los años 70 y los 80, los programas de ajuste estructural y la consagración de un modelo económico de corte neoliberal, han colocado a las mujeres en un rol estratégico para el mejoramiento de las condiciones de vida. En efecto, es su integración a actividades remuneradas lo que ha permitido crecientemente a sus familias satisfacer las necesidades básicas y superar la pobreza extrema, como se aprecia a contar de los años 90 ⁽¹⁾.

Si bien esto ha obligado, en algunos sectores, a cierto reacomodo de las tareas asignadas a mujeres y hombres, no ha traído consigo en forma automática un cambio de la situación de las mujeres en la sociedad, las que conservan las responsabilidades reproductivas y se ven sometidas a una doble jornada de trabajo, con impacto visible en su salud física y psicológica y con la reducción de los espacios de desarrollo personal y de placer. Se mantiene más bien el patrón de subordinación característico de los últimos siglos.

Sin embargo, la modernidad ha transformado la vida cotidiana y la intimidad de las personas en múltiples dimensiones, destacando algunos elementos como el amor romántico como principio del matrimonio, la impugnación de la división sexual del trabajo en los roles tradicionales, la extensión de las relaciones sexuales prematrimoniales, la independencia de los jóvenes adultos antes del matrimonio, el divorcio como curso posible a los conflictos y la búsqueda de mayor intimidad entre los miembros de la familia.

Estas transformaciones se dan con complejidad en nuestro país, se trata de un proceso acabado, ni homogéneamente distribuido, tanto en términos materiales como discursivos. Existen sectores ajenos a este influjo modernizador, y por otro lado, conviven discursos heterogéneos, fragmentarios y contradictorios. Aunque más presente entre las clases medias urbanas, las mujeres pobres no están marginadas de este proceso de modernización y, especialmente las más jóvenes, comparten los ideales y expectativas de la modernidad.

En el modelo tradicional hombres y mujeres disponen de patrones claros de identificación, sus propias identidades están dadas, no existiendo dudas respecto a quiénes son y adónde van. El mundo de hoy se ha vuelto más complejo y ofrece nuevas opciones. Ello genera, al menos

aparentemente, mayor libertad y por lo tanto diversidad de cursos de acción, pero también produce incertidumbre y grandes tensiones (Giddens 1991).

Las mujeres pobres adultas viven de un modo particular el proceso de modernización, con el anhelo de participar en los beneficios del desarrollo, atrapadas por el mundo de la necesidad, abriéndose al mundo de la libertad. Articuladas a la reproducción de la vida, a su cuidado y cariño, se arraigan en ello sus opresiones, sus búsquedas, su capacidad de rebeldía y de trascender la rutina cotidiana, la pobreza y el dolor, creando alegrías y proyectos propios.

Por su parte, en un contexto de crecimiento económico sostenido, las generaciones más jóvenes aspiran fuertemente a compartir los códigos de la modernidad, más allá de las condiciones de pobreza en que viven. Se generan así fuertes contradicciones cuyas salidas pueden ser a veces muy dolorosas, como son el embarazo adolescente no deseado, el ingreso a la drogadicción y, desde allí, al microtráfico y la delincuencia.

A lo largo de casi veinte años de trabajo y amistad con mujeres pobres, he conocido sus dolores bajo la dictadura militar y sus inseguridades de los últimos años, así como las tensiones que les deja una modernidad que promete mucho, pero que no entrega las herramientas ni recursos para hacer efectivas esas promesas, particularmente frente a las hijas e hijos.

Los cambios generacionales, en este contexto de expansión y globalización cultural, devienen drásticos, y muchas veces incomprensibles para ellas, cuando los niveles educativos las separan de sus hijos y cuando la búsqueda de lo nuevo, de lo que está de moda, de lo que tiene prestigio, los distancia definitivamente de sus experiencias. En contextos de pobreza, la drogadicción de los hijos e hijas, propios y de las vecinas, resulta inexplicable, desde una práctica que creía seguir todos los mandatos para ser una buena madre.

En lo subjetivo, las mujeres pobres comparten la vivencia de la gran mayoría de las mujeres, fuertemente marcadas por los roles que les han sido asignados, los que muchas veces son considerados como dictados por la "naturaleza". La construcción de la femineidad está cargada de mandatos, los que resultan de alto costo psicológico y generan ese "malestar silenciado", en las palabras de algunas terapeutas (Isis Internacional 1990). Ser mujer, en nuestra cultura, significa sostener, acompañar, comprender, tolerar, aguantar, callar, hacer las cosas sin esperar elogio, ser discreta, no sobresalir sobre la pareja, ser incondicional en el afecto, ser tierna, no decir nunca que no a las peticiones de los otros, ser dulce, ser humilde, ser atractiva sexualmente (solo para la pareja) y ser desinteresada en relación al dinero (Daskal 1990). Las mujeres, al intentar ajustarse obedientemente a esta prescripción social, van perdiendo la pista de sí mismas, distanciándose de lo que sienten o no registrándolo. Se trata de innumerables violencias cotidianas, marcadas por la sobrecarga y la multidemanda, la falta de espacio propio y de intimidad, con diferencias de jerarquía y de poder.

Muchas mujeres pobres viven dolorosamente el ser para otros, la falta de autonomía, no poder cumplir con los mandatos culturales, no poder acompañar, satisfacer las demandas de la pareja y de los hijos, no tener respuestas ni herramientas para entender lo que pasa con ellos (sus necesidades de consumo, su sexualidad), no entender las desigualdades respecto de los hombres,

no tener acceso a cambiar su propia vida, los sueños que ya no tienen validez y las expectativas que no se cumplen.

Miradas en su conjunto, las experiencias de las mujeres pobres se superponen como capas, generando una gran diversidad de vivencias subjetivas, las que no siempre logran una explicación con sentido y aceptable a sus propios ojos, experiencias que las llenan de frustraciones a algunas y rebeldías a otras.

Los cambios en curso

Algunos datos estadísticos permiten poner a las mujeres pobres en contexto. Aun cuando sobresale la reducción de la pobreza lograda en los últimos diez años, desde 38,6% en 1990, a 21,7% en 1998, de acuerdo con la información más reciente, estamos hablando de casi un millón seiscientos cincuenta mil mujeres que viven bajo la línea de pobreza (22%) ⁽²⁾. No obstante, la situación de pobreza que viven las niñas de entre 0 y 18 años de edad es significativamente más severa que para las mujeres en general, alcanzando al 30,5% y la indigencia al 8,6%. Hay más mujeres jóvenes pobres.

Desgraciadamente, el crecimiento económico sostenido de la última década ha ido acompañado de una distribución del ingreso muy desigual: el 20% más rico de la población se queda con el 57,3% del ingreso nacional, mientras el 20% más pobre se queda con sólo el 3,7%. En 1998, el ingreso autónomo de los hogares del quintil más pobre fue, en promedio, de \$ 55.022. Las imágenes de la modernización llegan a todos por igual, especialmente a los y las jóvenes, pero no así las posibilidades de acceder a sus beneficios.

Por otra parte, asistimos a cambios demográficos que tienen gran impacto en la vida de las mujeres, como la reducción de la tasa global de fecundidad que ha disminuido, a nivel nacional, desde 3,6 hijos por mujer (1970-1975) a 2,2 (1998). Ello tiene que ver con los deseos de las mujeres de tener un número reducido de hijos (Valdés y Gysling 1996). No resulta igual con las adolescentes. La fecundidad adolescente ha subido en casi diez puntos entre 1985 y 1997 (de 57,5 hijos de madres menores de 20 años por cada mil jóvenes entre 14 y 19 años, a 66,7 en 1997) (INE 1997). En este ámbito son enormes las diferencias entre sectores ricos y pobres: en la Región Metropolitana, la tasa de fecundidad adolescente varía desde 6,6 hijos de madres menores de 20 años (por cada mil jóvenes entre 14 y 19 años) en la comuna de Vitacura, hasta 122,3 en Quilicura (Secretaría Regional Ministerial de Salud 1998).

A nivel nacional, en 1998 las madres adolescente fueron el 16,2% del total de las madres de nacidos vivos, pero esa cifra promedio esconde enormes diferencias. En la Región Metropolitana, los nacidos vivos de madres adolescentes variaron en 1997, entre el 1,9% del total de los nacimientos en la comuna de Vitacura, 2,9% en Las Condes y 4,2% en Providencia y el 19,6%, en Renca, 21% en El Monte, 21,7% en San José de Maipo y 22,8% en La Pintana (Secretaría Regional Ministerial de Salud 1998). Es indiscutible la concentración de los embarazos adolescentes en los sectores más pobres con graves consecuencias en la vida de las jóvenes y de sus hijos, así como en la reproducción de la pobreza. De los nacimientos en madres adolescentes, el 80,5% se produjo fuera del matrimonio, las cifras más altas que se registran (INE 1998).

Asimismo, de acuerdo con la Encuesta CASEN 1998, a nivel nacional, los nacimientos en mujeres mayores de 12 años en los tres meses previos a la encuesta se concentraron en los quintiles más pobres (1 y 2), con el 56,2%, frente a solo un 12,8% en el quintil más rico. Es decir, la maternidad es mucho más frecuente entre las mujeres pobres, deseada o no, y se inicia más temprano en la adolescencia. Estos datos hacen visible la llamada "inequidad demográfica" ⁽³⁾, que se traduce en que estas mujeres tienen más hijos de los deseados. A ello se agrega que la sociedad, y también las acciones del Ministerio de Salud, reproducen el estereotipo que asigna la responsabilidad exclusiva de la anticoncepción a las mujeres.

Como consecuencia de estos procesos, si bien el tamaño promedio de los hogares descende, los hogares pobres tenían en 1998 un tamaño de 4,8 personas, frente a 3,7 de los no pobres (CASEN 1998). No solo tienen más hijos, sino que la pobreza reúne en el hogar a otros familiares, a veces para que colaboren en la sobrevivencia económica, otras, para mantenerlos (abuelitos o nietos). Al mismo tiempo, continúa el aumento de los hogares encabezados por mujeres (22,8%), cifra que entre los hogares indigentes aumenta, a nivel nacional, al 24,8% y en la Región Metropolitana, al 32,2%. Estas cifras dan cuenta de crisis de pareja, separaciones y abandonos. Pero al interior de los hogares pobres, muchas veces hay más madres adolescentes que son jefas de pequeños núcleos familiares que conforman con sus hijos, sin llegar a constituir hogares separados.

En el ámbito laboral, continúa el aumento de la participación femenina: en 1998 las mujeres fueron el 38,8% de la fuerza de trabajo. La tasa de participación, en general, fue de 36,5%, pero con grandes diferencias según nivel socioeconómico: 22,7% en el quintil de ingresos más pobre y 52,6% en el más rico. La menor participación económica de las mujeres pobres se relaciona con la necesidad de cumplir con las tareas reproductivas y el cuidado de los hijos, así como con la mala calidad de los empleos y las bajas remuneraciones obtenidas en ello. Son numerosas las barreras que enfrentan las mujeres para encontrar una ocupación, especialmente las pobres y las jóvenes (Grupo Iniciativa Mujeres 1999a; Fundación IDEAS 1999). Pero también se da la oposición de sus parejas ⁽⁴⁾ a que ellas trabajen.

No obstante, las condiciones en que se incorporan las mujeres al mercado laboral tienen fuertes inequidades. Ello se produce, por ejemplo, con la flexibilización de las normas que regulan el trabajo que, si bien ha favorecido la creación de empleos, ha deteriorado las condiciones en que las mujeres desarrollan sus labores. Actividades como el comercio, el trabajo temporal en la fruta y la pesca, el trabajo a domicilio dan una oportunidad de ingreso a numerosas mujeres, pero se realizan en condiciones muchas veces inaceptables, sin horarios o con largas jornadas laborales, sin previsión, en ambientes degradados, por ejemplo, por el uso de agrotóxicos, con severas consecuencias para su salud física, mental y reproductiva.

En 1998, el 15,2% de todas las mujeres que trabajaban remuneradamente lo hacía como empleadas domésticas, actividad muchas veces realizada sin contrato de trabajo, mal remunerada y sin respeto a la legislación vigente, y el 16,5% como trabajadoras por cuenta propia, categoría que esconde gran cantidad de actividades informales. La mayoría (62,9%) lo hizo como obreras o empleadas. De las asalariadas del quintil más pobre, solo el 41,1% tenía contrato de trabajo (MIDEPLAN 1999).

La desocupación sigue siendo mayor entre mujeres que entre hombres, concentrándose en las jóvenes y en las más pobres. En 1998, la desocupación en el quintil más pobre fue del 36,2% de las mujeres activas y solo de 3,5% en el más rico.

Si bien la escolaridad de las mujeres ha mejorado notablemente en los últimos años ⁽⁵⁾, los avances educativos varían de un sector a otro y el acceso a mayores oportunidades educativas está fuertemente marcado por la disponibilidad de recursos en la familia. De hecho, en 1998 la cobertura de la educación media para las mujeres del quintil más pobre fue de un 78,2% frente al 97,7% del quintil más rico. En las comunas pobres, el promedio de escolaridad es de dos a más años menos que a nivel nacional.

En el ámbito de la vivienda es importante destacar que el 74,6% de las jefas de hogar del 20% de los hogares más pobres eran, en 1998, propietarias de la vivienda que habitaban. El apoyo estatal para su adquisición ha sido un factor importante para ello: el 40,1% de las jefas de hogar propietarias del quintil más pobre obtuvo su vivienda a través de los programas de vivienda social. Sin embargo, la actividad económica de las mujeres tiene un fuerte impacto en la posibilidad de los hogares de postular a dichos programas habitacionales y, dada la menor participación económica femenina en los sectores pobres, dichas familias quedan en desventaja a la hora de postular a los programas de Vivienda Básica y Progresiva (Valdés y otras 2000).

Hablan algunas mujeres ⁽⁶⁾

La vida de las mujeres se da en el marco descrito más arriba, con cambios y con permanencias. Pasado y presente se funden en la experiencia de las mujeres pobres, cuando perduran, por una parte, la cultura que marca su camino, su quehacer y las relaciones sociales y de pareja en que se insertan, y por otra, la pobreza. Es esa pobreza que cambia en sus formas externas, que es menos visible, porque para algunas existe un *mall* al que pueden ir a comprar, o un McDonald's donde llevar a los niños a comer un completo el día de su cumpleaños, y la ropa usada permite que las hijas se vistan como en Europa o Estados Unidos, pero que en su interior, puertas adentro, tiene el mismo sabor de impotencia y frustración. Los temporales de lluvia del invierno pasado hicieron reaparecer a miles de familias viviendo en campamentos y en el barro, como lo hacían algunas de las mujeres entrevistadas a mediados de los años 80. El tiempo circular de la reproducción de la vida, generacional y cotidiana, sigue marcando las existencias de la mayoría de las mujeres pobres.

La maternidad, tan importante en la identidad y en la vida de las mujeres populares es vivida, por la mayoría de ellas, de un modo conflictivo, en que los sueños y la realidad están profundamente reñidos. Los hijos llegan, deseados o no, los embarazos se producen más allá de sus planes: la falta de educación e información entre las mayores, de acceso oportuno a métodos de control de la fecundidad en las más jóvenes, las fallas de los tratamientos, frustran y desesperan a las mujeres llevándolas a veces a su límite, incluso a algunas, a provocarse un aborto. Ellas quisieran, mayoritariamente, tener dos, a lo más tres hijos, para poder criarlos bien, darles una educación y una profesión que les permita un futuro mejor. La pobreza y los embarazos no deseados hacen fracasar sus planes y con ello se quiebran los sueños y proyectos para sus hijos e hijas. También los embarazos no deseados de sus hijas.

Ahora mi hija va a tener que ser dueña de casa no más... Yo lo que pensaba, y ella también, es ser carabinera. Pero la situación... no fue así. Es que resulta que la niña ya ha repetido dos veces... Y ahora, si encuentro trabajo, a la niña la saco del colegio, porque ella sabe todo el manejo de la guagua: mudarla, darle la papa. Ella es mi niñera, como decir, cuando no hago las cosas yo (Elena, 42 años, 1983).

Lucy (33 años) se siente frustrada porque su hija se tuvo que casar embarazada: *Lo que yo siempre estaba metiéndole, que el estudio, que el estudio... Ella decía: 'Para qué voy a estudiar tanto si después igual voy a tener que estar metida en la casa'. Yo le decía que no: 'No, pues, Denise, porque si tú te casái y tú sabís una profesión, tú trabajái y ayudái a tu marido, ayudái a la casa. Si te va mal en el matrimonio, ya podís defenderte tú sola' (1983).*

La vida en pareja también tiene dimensiones muy difíciles para las mujeres pobres. Desde luego, los motivos para casarse o convivir son diversos, siendo minoritario el grupo que se casa por un proyecto de pareja y de vida en común. En efecto, estudios realizados en diferentes épocas revelan el alto porcentaje de uniones que resultan de embarazos no deseados, los matrimonios en que ellas buscan arrancar de una situación negativa o no quedarse solteras, en una cultura que devalúa a la mujer que no se casa, y también hay casos en el matrimonio se da por presión de terceros (Valdés 1988; Valdés y otras 1999). La pareja reporta alegrías, sin duda, pero a muchas las hace vivir esa sensación de no importar, de ser secundarias, otras viven la infidelidad y se sienten traicionadas.

Las demandas de maridos o convivientes se expresan con insistencia en el terreno de la sexualidad y muchas veces dan origen a embarazos no deseados. Otras veces, la presión por un hijo es directa: piden a la mujer hacer evidente su compromiso con ellos, sea en la "prueba de amor" adolescente, o en el caso de segundas convivencias, cuando ella tiene hijos de una unión anterior. Para muchas mujeres resulta contradictorio porque reconocen que tuvieron un tiempo de atracción, de placer en la intimidad, pero que se va perdiendo con el tiempo, las condiciones materiales de vida (hacinamiento), el cansancio y la sobrecarga que viven, la alcoholización de la pareja, la insistencia sin poder decir que no. La relación sexual pasa a ser una obligación de la que quisieran liberarse. Sin embargo, justifican esta "necesidad" del varón porque consideran que está en su naturaleza. Temen que el rechazo pueda traducirse en abandono. Entonces, el sexo es una moneda de pago para mantener la familia, tener algo de protección y seguridad, y un respeto en la casa (Valdés y otras 1999).

Hay veces que yo no quiero hacer ciertas cosas y él me obliga, o sea, la mayoría, como que me dice, vamos a tal parte, y yo no quiero ir, y me obliga a ir... (Mariana, 31 años, 1994).

Raquel (37 años) cuenta que si ella no quiere hacer lo que le pide su marido, se enoja: es pelea segura. Así es que prefiero levantarme, darle comida y que se acueste. Claro que él lo hace peor, porque va y se acuesta encima de la cama, obligaíta yo a desvestirlo y a acostarlo, porque se hace la guagua, quiere que yo lo vista (1983).

Muchas veces, la violencia acompaña la vida de las mujeres, desde su infancia y hasta la vejez. Asociada a distintos factores, principalmente al alcoholismo, a la pobreza y la frustración de los varones pobres de no poder cumplir con el mandato de proveer para su familia, otras veces,

simplemente por los recursos de poder que detentan los varones frente a las mujeres en esta cultura y cuando hay deferencias de clase. La mayoría de las mujeres tolera la situación, teme quedarse sola, romper la familia y saben que sus madres también resistieron. La vida de la mujer es así...

Inés (47 años) fue embarazada por su patrón. Entonces le dije yo: 'lo voy a denunciar, porque Ud. no tendría que haber hecho eso conmigo', porque en esa época todavía era una niña. Entonces vino y me dijo: 'te voy a ver con un médico'. Me hizo ver con un médico y me hizo remedio. Yo quedé embarazada y me hizo remedio, tenía tres meses de embarazo... y de ahí me despidió (1983).

Cuando tenía 14 años me empezaron a llevar mis hermanas a sus casas. Las mayores ya estaban casadas. Entonces yo empecé de empleadita de ellas, a ayudarles a criar niños, qué sé yo. Entonces ahí un cuñado abusó de mí, fue mi primer hombre, un cuñado, a la fuerza. Yo ahí lo acusé a mi mamá. Ella en ese tiempo estaba enferma, estaba pobre, entonces cuando yo lo acusé, ella me dijo que eran mentiras mías. Me pegó, y me dijo que eran puras calumnias mías porque me dijo que mi cuñado nunca iba a hacer eso. Entonces me volvió a mandar para donde mi hermana... Yo le dije a mi hermana, que le tenía miedo a Arturo, le dije que andaba agarrándome, así le dijo yo. Como yo no sabía nada en ese tiempo, de ninguna casa. Anda agarrándome, me quiere besar, le dije. Y mi hermana se largó a reír... Al final pasó lo que quería hacer conmigo, más a la mala que a la buena, porque yo no podía reclamar ninguna cosa... Yo tenía catorce años en ese tiempo, de 14 años quedé esperando mi primera hija, de mi cuñado (Sara, 44 años, 1994).

La pobreza es una condición muy dura de vivir, golpea todos los días, especialmente en los tiempos de crisis que ha atravesado el país desde los años 70. El dolor puede ser cotidiano, así como los esfuerzos por sobrellevarla, por satisfacer las necesidades más elementales de la familia. No poder darle a los hijos lo que ellas mismas consideran justo: comida, salud y también entretenimientos. Con frecuencia la deben enfrentar solas, porque el marido o conviviente no se hace cargo de la situación. La pobreza destruye los proyectos para los hijos y el dolor es muy grande.

Mi infancia no fue muy buena, porque teníamos una situación bien mala. Entonces mi mamá no más trabajaba. Mi papá trabajaba, pero su vicio era que él tomaba. Entonces, todo lo que ganaba se lo tomaba, no le daba nada a mi mamá. Y mi mamá salía a trabajar y yo, todo ese tiempo, en que yo tenía como 8 años, yo cuidaba a mis hermanos. En ese tiempo mis hermanos eran chiquititos así que yo los cuidaba. Y hambre también pasábamos... (Nuria, 28 años, 1994).

Y él sabía que no había nada, nada, nada, pan no más. Hicimos pan ayer y quedó para hoy día. Y con puro pan... Sabía que no había nada, entonces yo le avisé que iba a hacer algo con harina. Y no es flojera, si no, yo de cualquier cosa hago un plato de comida. Hice un poco de harina cruda, y qué sé yo, unas papas que me había traído mi hermana ayer, unas calugas de caldo Maggi, y hice una sopa, inventé (Elisa, 27 años, 1983).

A veces me desespero... aburre todo el tiempo lo mismo, pedir y pedir..., recibo la plata toda para pagarla no más, quedo de nuevo sin plata. Pido a un lado, pido en otro, a una amiga por

ahí... A veces me amargo, a veces lloro... puras papas cocidas he comido a veces..., en la noche comemos todos y lleva él al trabajo... y la que me jodo casi siempre soy yo, a la hora de almuerzo, porque donde estoy con la niña no más, lo poco que tengo para comer prefiero dejar para la noche, porque así me alivio lo que él lleva, porque cuando uno trabaja, todos los compañeros le miran la ollita a uno... yo también trabajé, entonces uno sabe lo que es eso, que todos se fijan en lo que lleva el otro... (Guillermina, 37 años, 1985).

El niño (tiene 10 años) me reclama... 'puchas, en esta casa no alcanza para nada', dice... No entiende... quiere comer bien... 'aquí es todo para el puro papá', dice... Le gusta ir a partes bonitas, pero no hay plata, quisiera ir a Fantasilandia, ir a los juegos, puras cuestiones que uno no alcanza a llevarlo... Yo me siento mal, a veces me dan hasta ganas de llorar, el niño tiene razón, qué más quisiera yo que poder darle el gusto y sacarlo... Incluso lo estuve tratando dos años con una psicóloga y al final me lo cambiaron de psicóloga y la que me tocó me dijo que cada vez que el niño hiciera algo bueno, tenía que sacarlo el día domingo... yo tuve que pedir el alta esa vez porque yo no podía estar dándole en el gusto como ella me decía... El domingo estuve tan amargada que me levanté con ganas de pelear por la cuestión de la plata, no hallaba qué hacer, no tenía para pagar el agua y Dios me ayudó. La niña se levanta y me dice: 'mami, ¿estás arrepentida de haberte casado con el papá?' Yo le digo: 'encuentro aburrido que el papá no tiene trabajo, que cuando recibe es todo para pagar deudas'. 'Bueno, pues, me dijo, si él no tiene la culpa de eso, no te enojas con él', y me lo dijo con una pena... (Guillermina, 37 años, 1985).

La semana pasada mi hijo estuvo con indigestión, el lunes, el martes, el miércoles estaba igual. Lo llevé a la posta y me dijeron que tenía que darle agua de canela y yo no tenía cómo comprarle. Esos días se me hicieron tan largos donde veía enfermito a mi hijo... lo llevé donde una señora y le dio leche materna, que le limpió la guatita... y lo poco y nada que gano es para la pura leche no más (Yessica, 21 años, 1985).

Frente a la situación de pobreza, muchas mujeres desean trabajar y tener ingresos, pero son innumerables las barreras: la pareja que no quiere, la imposibilidad de dejar a los niños, la edad, la apariencia física, las bajas remuneraciones cuando no se tiene ninguna formación profesional y solo pueden optar al empleo doméstico, lavados y planchados. Otras mujeres prefieren no trabajar, que sea el hombre el que se haga cargo de la familia, aunque vivan en condiciones de pobreza grave. En otros casos, es el hombre el que rechaza el trabajo remunerado de la mujer. A veces, a pesar de terribles condiciones de pobreza. Las jóvenes, no obstante, deciden trabajar, al margen de la opinión de sus parejas, a trabajar y tener, no solo la posibilidad de contribuir a los gastos familiares, sino cierta autonomía y salir del encierro doméstico.

Yo trabajaba y él tomaba no más. Y así crié a todos mis chiquillos. Crié tres hombres y tres mujeres... Se me murieron cuatro de los diez que tuve... Duré quince años casá, pero era igual que si hubiera vivido sola no más, porque yo trabajaba para mantener la casa y a los hijos. A él no se le daba por nada. A él no lo importaba que no hubiera casa, que no hubiera nada, que no hubiera comida, que no hubiera nada (Benedicta, 69 años, 1983).

Yo trabajo, primero, por un aspecto económico, pero principalmente por querer salir de la casa, no estar ahí como muriendo... es terrible estar en la casa, es una cuestión que te consume. Te

das cuenta a los dos, tres meses, que estás viendo las teleseries, que estás viendo las películas, que estás viendo ene cosas que no te llevan a nada, que no significan nada, que estás perdiendo tu tiempo. Si hay mucho tiempo valioso, muchas capacidades que tú las estás perdiendo en la casa (Magdalena, 33 años, 1994).

A mí me gusta trabajar, pero hay una cosa, por ejemplo, aquí en la población, las mujeres cuando trabajan, no trabajan por gusto, o sea, trabajan por una necesidad. No eligen tampoco en lo que quieren trabajar, ganan lo que les pagan, por lo general, de empleada, ese tipo de cosa. A mí me gusta que la mujer trabaje y todo y elija en lo que quiera trabajar y que se desarrolle y surja y todo, pero el problema es que las mujeres pobladoras no lo vivimos así. Pa' mí el ideal es que las mujeres se eduquen, tengan su profesión, que la elijan y que se desarrollen, crezcan, pero aquí no, no se puede (Vania, 36 años, 1994).

Como hemos visto más arriba, la vida cotidiana en la pobreza está sobrecargada de tareas, aunque en algunos casos tiene el peso del ocio no deseado, aquel de quien no tiene ni para preparar un plato de comida. La cultura ha llenado de mandatos la vida de las mujeres, con exigencias de orden, de limpieza, de saber arreglárselas con el cuidado de los niños y todas sus necesidades. Es el tiempo de la rutina, de la repetición cotidiana de tareas pequeñas, invisibles, que al final del día las dejan agotadas, sin saber claramente por qué, puesto que no es un trabajo reconocido, es solo un conjunto de tareas, un deber. Es el ámbito donde se da la salida a buscar recursos, pedir préstamos, ayudas, beneficios sociales. Preciosas horas de estas mujeres se van en trámites para conseguir uno u otro subsidio, careciendo muchas veces de la información necesaria para lograr lo deseado. Y es el espacio de la vivencia del encierro, del tedio, del aburrimiento por no poder disfrutar, salir, pasear los días de descanso. Cuando, además, la vida transcurre en un espacio ajeno, en condición de allegamiento, o en una mediagua mal terminada, con piso de tierra, todo es más difícil.

La niña estudia en el paradero 22 de la Gran Avenida y el niño en el 23 de Santa Rosa y se van al colegio a las 7. A las 8 yo me levanto (tiene una guagua que nació con muy bajo peso de nacimiento a la que debe cuidar). Mi esposo se levanta a las 7 de la mañana. Ahora que estoy aquí en la casa, atiando a la guagua, hago el aseo de la guagua y después le sirvo el desayuno a mi marido, a las 9 de la mañana. Tomamos desayuno los dos y después me pongo a hacer el aseo de la casa. Y en las tardes, si no tengo nada que hacer, a veces reposo un rato, pero casi nunca me falta qué hacer. Y así es mi vida de todos los días, todos los días... antes iba a la feria... (Corina, 33 años, 1985).

Del prenatal, primero me dijeron que tenía que llevar una pila de papeles y yo me puse a juntar todos los papeles que había escuchado... y fui y me dieron hora para 15 días más. Después que los tenía fui, pero se me olvidó llevar la libreta de matrimonio... ahí me dieron para un mes más. Después, cuando tenía que ir, me faltaban los papeles para inscribir a los niños, me faltaba el nacimiento, estaban para el mismo día en que yo tenía la fecha de inscripción... tuve que perder esa hora. Después me dieron como para dos meses más y así logré cobrar el prenatal de la niña. Pero no he podido inscribir a la guagua, están suspendidas las inscripciones para familiar en la comuna de San Ramón, me dijeron que como dos meses no más y han pasado como cuatro meses desde que fui y todavía nada... estoy perdiendo el familiar de ella (Guillermina, 37 años, 1985).

La casa, ese espacio fundamental para instalar la vida, la familia, los afectos, parece a veces inalcanzable. Son muchas todavía las mujeres que viven allegadas, en especial las más jóvenes, o cuando el trabajo de la pareja es inestable, ocasional o muy mal remunerado. Las mujeres sueñan con su casita y evalúan, en gran medida, el éxito de su matrimonio de acuerdo a sus posibilidades de acceder a esa casa.

Yo lo único que siento es mi ilusión de tener una casita mejor, que ya tenga a los chiquillos mejor, no todos juntos en una pieza ahí... es horrible estar todos metidos en una misma pieza (nueve personas) (Victoria, 32 años, 1985).

El baño está afuera de la casa, pero no se pueden bañar allí. Aquí adentro tengo que traer agua, yo tengo un tarro para lavar y dejamos ese tarro lleno de agua y ahí nos bañamos..., a la niña la lavo en la artesa cuando la lavo, a la grande (Maggi, 21 años, 1985).

Aquí casi nunca tenemos relaciones sexuales, es raro que tengamos relaciones... cuando vamos a la casa de la mamá de él, ahí sí, porque aquí nunca, por los niños (Margarita, 27 años, 1985).

Yo no tengo problemas con ella, la dueña de casa. Si el problema mío es con el niño, porque le gustaba jugar y rompía las plantas, andaba en el triciclo y se las pasaba a llevar, así que tenía que andar detrás de él (Margarita, 27 años, 1985).

Ser mujer pobre

Ser mujer pobladora es vivir la paradoja de la vida y el dolor. Es tratar de alcanzar un ideal, un ideal que se ha ido construyendo a lo largo de la vida, alimentado por las experiencias tempranas junto a la madre y otras figuras femeninas, muchas veces por una formación religiosa, sea católica o evangélica; pero también alimentado por las propuestas de una cultura en pleno proceso de modernización, que se extiende a través de los medios de comunicación y diversos mecanismos a todos los hogares, casi sin excepción. Pero es tratar de alcanzarlo en condiciones de pobreza, de carencias de recursos, también de información, de redes sociales para resolver los problemas más graves, en el marco de relaciones en que el cariño se confunde con tareas e imposiciones.

Ser mujer pobladora es cargar un dolor sordo, pocas veces reconocido y expresado como tal, es adaptarse, aceptar, tolerar, superar la frustración y la rabia, poner toda la creatividad y la energía a disposición de los hijos y la pareja cuando la hay. Es aceptar la humillación de exponer las necesidades más básicas, las miserias y dificultades, ante otros: vecinos y vecinas, amigas, familia, funcionarios municipales que deben aprobar si la necesidad es tan grande como para entregar un subsidio, que en medio de la pobreza, es todo un capital, profesores que deben autorizar un desayuno o un almuerzo, patrones que deben acceder a un préstamo.

Los afectos son el gran ordenador de la vida de las mujeres pobres, son el motor que las impulsa a continuar viviendo, son el envoltorio para aceptar esta realidad, que es personal de cada una, y colectiva de las mujeres que comparten su condición. Son también los afectos los que han llevado a muchas de ellas a organizarse, a luchar por mejores condiciones de vida y a buscar a sus familiares cuando fueron detenidos y desaparecidos (Valdés y Weinstein, 1993).

Referencias bibliográficas

- CONSEJO NACIONAL PARA LA SUPERACIÓN DE LA POBREZA (1996) "Encuesta sobre Oportunidades y Disponibilidades de los Pobres", Resultados Preliminares, Santiago de Chile.
- Daskal, Ana María (1990). "La vida cotidiana de las mujeres", en Isis Internacional, El malestar silenciado. La otra salud mental, Ediciones de las Mujeres N° 14, Isis Internacional, Santiago de Chile.
- Edgar, D. y Glezer, H. (1994). "La familia y la intimidad: Las 'carreras'" familiares y la reconstrucción de la vida privada", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, UNESCO, N° 139 (139-162).
- Fundación IDEAS (1999). Percepción de las mujeres jóvenes de las barreras de acceso al empleo y dificultades en el trabajo. Grupo Iniciativa Mujeres. Santiago de Chile.
- Giddens, Anthony (1990). *The consequences of Modernity*, Stanford, California: Stanford University Press.
- Giddens, Anthony (1983). *Central problems in social theory. Action, structure and contradiction in social analysis*, Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- Grupo Iniciativa Mujeres (1999a). Encuesta Nacional. Opiniones y actitudes de las mujeres chilenas sobre la condición de género. Grupo Iniciativa Mujeres. Santiago de Chile.
- Henríquez, H. y E. Pérez (1995). La subestimación de la participación femenina en las actividades económicas: Encuesta suplementaria a mujeres inactivas, SERNAM-PET, Santiago de Chile.
- INE (2000) www.ine.cl/chileci/demo98.pdf
- Isis Internacional (1990). El malestar silenciado. La otra salud mental, Ediciones de las Mujeres N° 14, Isis Internacional, Santiago de Chile.
- MIDEPLAN, Encuesta CASEN 92 a 98, Santiago de Chile.
- MIDEPLAN (1999). Situación de la Mujer en Chile, CASEN 1998, Documento N° 11 MIDEPLAN, www.mideplan.cl, Santiago de Chile.
- MIDEPLAN (2000). Indicadores económicos y sociales 1990-1999, www.mideplan.cl, Santiago de Chile.
- Naciones Unidas, CEPAL-CELADE (1993). Población, equidad y transformación productiva, CEPAL-CELADE, Santiago de Chile.
- PNUD (1998). Desarrollo Humano en Chile-1998. Las paradojas de la modernización, Santiago de Chile.
- Secretaría Regional Ministerial de Salud, Región Metropolitana (1998). Anuario Estadístico 1998, Vol. 13, Santiago.
- Valdés, Teresa, Cecilia Schele y Cristina Farga (1987). "La familia de los niños de Bajo Peso de Nacimiento. Estudio de casos en una población urbano marginal del Santiago", PAESMI/FLACSO, Santiago, Informe de Investigación. (Testimonios de 1985).

- Valdés, T. (1988). Venid, benditas de mi Padre. Las pobladoras, sus rutinas y sus sueños, FLACSO, Santiago de Chile. (Testimonios de 1983).
- Valdés, T. y Patricia Moscoso (1988). Testimonios de mujeres líderes en la lucha por la democracia (no publicados). (Testimonios de 1986).
- Valdés, T. y E. Gomáriz (coords) (1992). Mujeres Latinoamericanas en Cifras. Chile. Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos Sociales, España, FLACSO, Santiago.
- Valdés, T. y Marisa Weinstein (1993). Mujeres que sueñan. las organizaciones de pobladoras en Chile: 1973-1989, Libros FLACSO, Santiago de Chile.
- Valdés, Teresa, M. Cristina Benavente y Jacqueline Gysling (1999). El Poder en la pareja, la sexualidad y la reproducción. FLACSO, Santiago de Chile. (Testimonios de 1994).
- Valdés, T. y Jacqueline Gysling (1996). "Fecundidad, cultura y derechos reproductivos", en Hernández, I. y E. Gomáriz (eds.) Cultura y población en América Latina, FLACSO - FNUAP, San José de Costa Rica.
- Valdés, T., Marisol Saborido y M. Soledad Jaña (2000). "Análisis de la accesibilidad a soluciones habitacionales según estructuras familiares: Estudio de la demanda y beneficiarios a los Programas de Vivienda Básica, Progresiva y Subsidio Rural que el Ministerio de Vivienda y Urbanismo desarrolla en la VI Región del Libertador Bernardo O'Higgins", MINVU, Santiago de Chile, Informe de Investigación.

¹ Así lo revelan las encuestas CASEN de 1992 a 1998 y estudios realizados por la CEPAL (1995).

² MIDEPLAN, CASEN 1998. Se informa de 1.214.001 mujeres pobre (16,2%) y 434.642 que vivían en condiciones de indigencia (5,8%), sumando 1.648.643 mujeres (22%).

³ Naciones Unidas, CEPAL-CELADE (1993) Población, equidad y transformación productiva, CEPAL-CELADE, Santiago de Chile. La "inequidad demográfica" se produce por la falta de acceso a la información adecuada y oportuna, y a métodos anticonceptivos eficaces en estos sectores.

⁴ Hablaré de "pareja" para referirme indistintamente al cónyuge o conviviente.

⁵ El promedio de años de estudio en la población femenina alcanza a los 9,5 años, muy cerca de los 9,8 años que presentan los varones. En el grupo de 15 a 19 años, sin embargo, las mujeres tienen mayor escolaridad promedio que los varones (11,1 años frente a 10,8).

⁶ Los testimonios seleccionados provienen de diversas investigaciones que he realizado en casi veinte años de trabajo con mujeres pobladoras. Abarcan un amplio período y por ello se señala el año en que fueron obtenidos. Las fuentes se detallan junto con las referencias bibliográficas.